

EL NUEVO MOVIMIENTO CATOLICO EN FRANCIA

Pierre Marcilhacy es bastante conocido, incluso en Italia. Senador por la Charente; elegido sin estar ligado a ningún grupo político, sino como católico independiente, en el curso de las últimas elecciones presidenciales en las cuales participó De Gaulle, Marcilhacy se presentó a la cabeza de una coalición de católicos no comprometidos, obteniendo un éxito superior a cualquier previsión, tanto en votos como en consideración. La conducta de Marcilhacy ha sido siempre coherente. En la lucha entre Pompidou y Poher tomó posición a favor de este último, ofreciéndole el auxilio de una experiencia notable y de una vasta clientela electoral.

En los días pasados, Marcilhacy ha escrito un artículo para una revista italiana¹, diciendo cosas extremadamente interesantes: «La lucha electoral no permitía más que a Pompidou y Poher presentarse para la segunda vuelta. El debate electoral se desenvolvía, por tanto, entre la derecha gaullista y la democracia cristiana. Algunos electores de derecha, no teniendo ya el candidato que habían elegido, se refugiaron en la abstención del voto. Pompidou fue elegido por más del 57 por 100 de los sufragios. Por tanto, él no superó más que en 30.000 votos la cifra obtenida por François Mitterand en 1965, para la izquierda unida. En cuanto a Poher, logró superar el 42 por 100, porcentaje jamás obtenido por un candidato de la democracia cristiana».

Marcilhacy, por tanto, subraya un fenómeno que desde hacía tiempo no se realizaba en Francia: el retorno al redil católico de densas proporciones del electorado; que antes habían sido pertenecientes a esta área, y después se habían alejado por el gradual deshojarse, de los partidos de inspiración cristiana, y el acentuado inclinarse hacia la izquierda del Movimiento Republicano Popular (M. R. P.).

¹ P. MARCILHACY, *Francia; política en la encrucijada*, "Relaciones", año VI, núm. 8.

Los orígenes de la Democracia Cristiana francesa.

En octubre de 1944 diversas personalidades políticas, procedentes de polos diferentes, pero unidas por pertenecer a los movimientos clandestinos de liberación, crearon el Movimiento Popular. Maurice Schumann fue su primer presidente.

La ideología del movimiento no hundía sus raíces profundas en la lucha contra el invasor alemán; databa del tiempo de los «demócratas espiritualistas», que Lamennais había guiado a la lucha en el siglo XIX. Queriendo confirmar y mantener este nexo con el pasado, los fundadores del movimiento nombraron presidente honorario a Marc Sangnier. Y en efecto, ¿es que su *Sillón* no había sido un enlace concreto entre el *Avenir* de Lamennais y el *Aube* de Francis Gay?

Aun antes de ser constituido el M. R. P., había ya entrado en el Gobierno Georges Bidault; era ministro del Interior François de Menthon, ministro de Justicia, y Pierre-Henri Teitgen, ministro de Información. Pero la participación de todos ellos en el poder no se derivaba de su posición ideológica, sino de las relaciones con los otros hombres de la lucha clandestina. Bidault era presidente del C. N. R., y François de Menthon, comisario de Justicia del Gobierno de Argel, y Pierre-Henri Teitgen, sólidamente ligado al equipo de Argel.

El nacimiento del M. R. P., después de 1944, y el papel que desempeñó en la opinión pública, en la Asamblea Nacional y el Gobierno, no se debían, por tanto, a circunstancias fortuitas. Su origen político y su formación doctrinal se habían desarrollado progresivamente después del 1836.

En la historia de la democracia cristiana francesa se pueden distinguir tres períodos básicos:

— La época de los «pioneros», desde la iniciación del siglo XIX hasta la guerra de 1914-1918.

— Las primeras experiencias parlamentarias, del 1918 al 1939.

— La participación en el poder, desde el Gobierno de Argel hasta los Gobiernos de la IV República.

Sin remontarse a los buenos clérigos elegidos en los Estados Generales, en 1789, se puede afirmar que el pensamiento político de la democracia cristiana se desarrolla con Lacordaire, en 1830, y sobre todo con Lamennais. Para no citar más que los precursores más importantes por la influencia que

ejercieron sobre el pensamiento político-religioso de los católicos de entonces, y hasta de los de hoy.

El 17 de octubre de 1830 los abates Lacordaire, Garbat, Salinis, Rochbacher, los laicos franceses De Caux, De Montalembert, Harel de Tenarel y el refugiado belga Barch, hicieron salir el primer número del *Avenir*, portavoz oficial de la nueva tendencia, que consideraba al Papa como el lugarteniente general de Dios sobre la tierra, y al pueblo origen del poder y juez supremo de las instituciones existentes.

Roma considera en seguida perniciosas las ideas del grupo, y Gregorio XVI, en su Encíclica del 15 de agosto de 1832, condenó formalmente la actitud del *Avenir* (que por otra parte había cesado la publicación en 1831). Lacordaire, Montalembert, Gerbet y los otros, se sometieron. Lamennais, obligado a escoger entre la fe católica y el progresismo político, escogió el segundo.

Después de una infructuosa tentativa de reemprender las posiciones del *Avenir*, con la *Ere Nouvelle*, en 1848, hace falta llegar a 1894, para volver a ver en actividad un movimiento católico, Marc Sangnier, al día siguiente del asunto Dreyfus, fundó el *Sillon*, que recalca todas las tesis del *Avenir*.

Arrastrando por su ardor polémico, Sangnier se puso en contraste con la Santa Sede, y fue condenado por ella.

En 1899, en Rennese, Emmanuel Desgrés du Lou y el abate Trochu fundaron el *Ouest-Eclair*, diario demócrata-cristiano que tuvo un éxito notable. Pero a pesar de estos éxitos, y no obstante el clamor suscitado en el país por la condena romana del *Sillon* (1910), el movimiento católico tuvo siempre escasa influencia sobre la vida política nacional. En las elecciones de 1924 entró por primera vez en el Parlamento un grupo demócrata-cristiano compuesto de 14 diputados. Ellos, en noviembre del mismo año, crearon el Partido Demócrata Popular (P. D. P.), que tenía como órgano oficial *Le Petit Démocrate*, fundado en 1912 por Robert Cornilleau.

Hasta el 1939, el grupo católico en la Cámara no superó en general los 15 diputados. Su influencia sobre la opinión pública fue bastante reducida, y la participación en el gobierno, intermitente. Sólo Champetier de Ribes fue ministro.

La derrota militar del 1940, la ocupación y la subida de Petain al poder, indujeron a los demócratas-cristianos a acercarse a De Gaulle, a quien respaldaron desde el primer momento. Su participación en las actividades clandestinas y en el Gobierno de Argel, fue destacada y marcó el punto de partida del desarrollo del renovado movimiento católico.

A su nacimiento, el Movimiento Republicano Popular tomó inmediatamente posición contra el régimen precedente; haciendo una apretada crítica de la democracia individualista, declaró basarse sobre «el respeto de los derechos imprescriptibles de la persona humana en el ámbito social y sobre el respeto y la protección de las libertades espirituales y humanas».

Las primeras experiencias electorales del M. R. P. fueron bastante positivas; en la Asamblea Consultiva de Argel, los demócratas-cristianos no tenían más que 16 diputados; en las elecciones de octubre de 1945 obtuvieron 134 puestos (el 25 por 100 de los sufragios); en las de junio de 1946, 173 puestos (el 28 por 100 de los votos).

Desde 1946 comenzó la línea descendente del M. R. P. En las elecciones legislativas de noviembre de 1946 el movimiento tuvo 168 diputados (poco menos del 30 por 100 de los votos); en las de junio de 1951 tuvo 93 puestos y el 12,3 por 100 de los sufragios; en 1956 71 diputados, y solamente 44 a partir del 1958, con el 9,10 por 100 de los votos.

El advenimiento al poder de De Gaulle señaló el fin de las aspiraciones del M. R. P., reducido desde entonces a un grupito en fase de descomposición, y sacudido por discordias y luchas continuas. En 1958 Bidault, uno de los fundadores del M. R. P., rompió con sus antiguos colegas de partido, por el problema de Argelia, y fundó la Democracia Cristiana de Francia (D. C. F.); manifestación bastante limitada, que consiguió rebañar algunos cientos de miles de votos del ala derecha católica (no más de 500.000) y seis diputados.

Tanto el M. R. P. como la D. C. F. fueron hacia adelante a duras penas, hasta su completa disolución. Particularmente patético fue el fin del M. R. P.; que se autodisolvió después de haber reconocido su incapacidad para llevar una política coherente y positiva.

Las tentativas sucesivas.

Con la disolución gradual de las formaciones católicas tradicionales, y a medida que tenía lugar, tomaron forma unas iniciativas que tendían a recoger, en el plano electoral, las herencias del M. R. P. y de la D. C. F.

La más consistente ha sido ciertamente aquella que ha tenido como iniciador a Jean Lecanuet, que había sido presidente del M. R. P. Lecanuet no tenía intención de destruir el M. R. P., fundando el Centro Democrático, sino sólo de evitar que el patrimonio electoral del movimiento, aunque redu-

cido al mínimo, fuese presa de otras formaciones. Para obtener este resultado consideró indispensable dar vida a una especie de concentración de los diversos grupos y tendencias católicas (precisamente el Centro Democrático), que incluso dejando a los adheridos sueltos su autonomía de organización debía enderezarlos sobre el plano ideológico. En sustancia, se trataba de una especie de cemento que pudiera coagular las varias posiciones en torno al nombre de Lecanuet.

La primera y única experiencia del Centro Democrático fue hecha en ocasión de las elecciones presidenciales de 1965. Lecanuet condujo una hábil campaña electoral, y el resultado obtenido (3.767.000 votos) fue superior a todo pronóstico. No sólo hizo juzgar a los observadores políticos que la crisis de los católicos franceses, empeñados sobre el plano político, era superada (pues desde hacía años un movimiento democrático-cristiano no obtenía un éxito tan lisonjero) sino también que Lecanuet podía ser el continuador de las tradiciones y las afirmaciones de sus predecesores.

Se trataba de un fuego de paja. Pasados los entusiasmos suscitados por la afirmación electoral de Lecanuet, y cuando los promotores decidieron dar cuerpo a las instancias de quienes presionaban para la creación de un nuevo partido católico, se dieron cuenta de las dificultades innatas del programa. El Centro Democrático, como grupo político organizado (no sólo como movimiento surgido para apoyar una simple candidatura presidencial); fue fundado oficialmente el 2 de febrero de 1966. En él se recogían antiguos adheridos al M. R. P.; ex-exponentes del Centro Nacional de los Independientes (de Antoine Pinay); hombres de la «Gauche démocratique» (Edouard Bonnefous), etc.

La primera experiencia electoral (y, en sustancia, la última) fue desastrosa. Participando en las elecciones para la Asamblea Nacional, el centro no sólo no recogió los votos que Lecanuet había obtenido como candidato a la presidencia de la República, sino que apenas vio elegir alguna decena de diputados, que recogidos en un grupo parlamentario heterogéneo y desligado, sustraído a la influencia de Lecanuet, tomaron bien pronto caminos diversos provocando en parte la pulverización del grupo mismo, al menos sobre el plano de la disciplina.

El Centro Democrático, como grupo político, ha continuado tirando o trampeando, mejor o peor, sin influencia ni perspectiva.

Otra esperanza de extracción para-católica fue la de Pierre Marcellin, senador y portavoz del M. R. P. En 1965 fue candidato de una «concentración

nacional-liberal», y obtuvo en la competición hacia el Elíseo, cerca de 500.000 votos. Fue una cifra no indiferente, considerando la modestia de los medios empleados por el candidato «católico independiente».

Con la caída de De Gaulle y la victoria electoral de Pompidou ha habido también algunos contragolpes en las filas católicas. Ante todo, durante la reciente consulta presidencial, se ha acentuado el fenómeno típico de la política francesa, y específicamente del área católica, el fraccionamiento.

El grupo más consistente del ala derecha católica, los denominados «integristas» (*Office international des Oeuvres de formation civique et d'action culturelle selon le droit naturel et chrétien*), en vez de hacer votar por Alain Poher, que bien o mal era candidato de los católicos, hizo propaganda para la abstención. Mientras que otros grupos menores se empeñaban por presidente pro-tempore, o en iniciativas extemporáneas, sin perspectivas concretas.

Inmediatamente después de la victoria de Pompidou, el fraccionamiento del que ya era moribundo Centro Democrático se acentuó más aún. Así ha nacido una corriente de «católicos filo-Pompidou», decididos a colaborar con el nuevo gobierno, y, por tanto, a apartarse definitivamente de los viejos esquemas. A la cabeza de este grupo (que comprende también algún ministro de extracción M. R. P., inscrito en el gobierno de Chaban-Delmas) está Jacques Duhamel.

Las perspectivas inmediatas.

Independientemente de estas iniciativas de carácter claramente «temporal», está claro que las perspectivas a largo plazo de un movimiento católico que esté en grado de recoger la herencia de los grupos tradicionales (si no en plano ideológico, ciertamente sobre el estructural) están directamente en conexión con Alain Poher.

La carrera de Poher es la de un técnico, entrado casi por azar en la política. Jefe de Gabinete de Robert Schuman en 1946; después de Queille en 1948, fue en dos ocasiones presidente del grupo de senadores del M. R. P., secretario de Estado en la Marina en 1953, y llegó a ser a continuación presidente del Parlamento Europeo.

Era presidente del Senado cuando dimitió De Gaulle. Y casi contra su voluntad fue llevado a la candidatura contra Pompidou, por haber una concentración de grupos bastante heterogéneos.

Probablemente, si hubiera sido elegido, Poher no habría llegado a ser «el presidente de la reconciliación», como había proclamado repetidamente, sino el presidente del equilibrio o directamente del compromiso. Tan diversas y tan divergentes eran las fuerzas que le apoyaban.

De cualquier modo, es un hecho que la campaña de Poher ha tenido una traza claramente católica. En torno a él formaron una barrera los restos del M. R. P., de cuya dirección formó parte durante muchos años el presidente del Senado; los restos del Centro Democrático, y grupos de católicos tradicionalistas (como el movimiento *Système V*, capitaneado por Pierre Wambergue y del cual ha absorbido Poher numerosos postulados ideológicos). En estas condiciones es difícil decir cuál sea la efectiva orientación doctrinal de Poher. La tendencia, sin embargo, es católica. Y añadiremos: «católico-moderada».

¿Qué hará ahora Poher? Ha demostrado, como dice Marcilhacy, haber sabido coagular el 42 por 100 de los votos. ¿Pero estamos seguros de que todos aquellos que votaron por Poher sean católicos, y estén dispuestos a confirmar su sufragio a un «partido» católico? Lo dudamos, en vista del ejemplo que dio en 1965 Lecanuet.

Decíamos, por tanto, que Poher ha sido el candidato católico de una coalición heterogénea; unida por la animosidad contra el gaullismo, del cual Pompidou era el representante y el heredero directo. Pero está fuera de duda que Poher sea un católico, y que entienda continuar militando en el campo católico.

Lo ha demostrado con el reciente mensaje a sus electores. Y más aún nos parece indicativa la toma de posición, respecto a los méritos que él entiende utilizar, para continuar conduciendo su lucha. Puesto desde hoy al descubierto; empeñado en una lucha que durante la reciente campaña presidencial ha asumido tonos bastante inflamados, Poher parece decidido a volver a elevar la bandera del viejo movimiento católico. Aunque parece ser que lo hace con una perspectiva doctrinal levemente diversa de aquella que llevó Marc Sangnier en su discrepancia con Roma, y el M. R. P. a estancarse en las deletéreas posiciones de izquierda.

También el substrato de lo que podría ser el nuevo movimiento católico sobre el cual Poher tendría intenciones de basarse para continuar su acción, es indicativo: católicos independientes con orientación liberal como Marcilhacy, los herederos de la Democracia Cristiana de Bidault, claramente de derechas; los residuos activos del Centro Democrático, y algún fragmento

del M. R. P. En sustancia, toda el área católica oficial ha quedado desgarrada después de la pulverización del M. R. P., y del Centro Democrático, y después del paso a las filas gaullistas de Duhamel y sus «ascaris» filo-Pompidou.

La plataforma electoral sobre la cual Poher debería y podría basarse, es más bien imprecisa. Mejor aún, se tiñe con los colores del arco iris cuando se trata de definir ciertas presuposiciones; però está bien orientada bajo el perfil ideológico.

Se tratará después de ver sobre cuáles cuadros se basará el presidente del Senado para constituir las estructuras del movimiento. Los grupos católicos que han operado desde 1944 hasta hoy, en Francia, han dado un pésimo resultado; un poco por la incapacidad de comprender cuál debía ser su verdadera orientación ideológica (y, por tanto, evitar ponerse a chocar con la base) y un poco por la evidente frialdad de las estructuras. En pocas palabras, ninguno ha tenido organizadores eficaces. Si se excluye la D. C. de Bidault, que sin embargo estaba demasiado limitada sobre el terreno electoral para poder tener ambiciones efectivas. Por otra parte, las recientes elecciones presidenciales han demostrado que no es enteramente verdadero que la época de los «activistas» haya terminado. El mismo Poher, que había afrontado la primera vuelta con un señoril despego, demostró saber y poder recuperar el terreno perdido, sólo cuando se dio cuenta de que su campaña se había «activado».

No ha de excluirse, por tanto, que el nuevo movimiento católico, aprovechando como un tesoro dichas experiencias, dé sus primeros pasos sobre el terreno del activismo. Lo cual es además el fundamento de un partido político moderno.

Por ahora, de todos modos estamos todavía en el campo de las hipótesis. Tenemos una toma de posición de Poher y sus colaboradores; tenemos una significativa y larga declaración del ex candidato. Las perspectivas son éstas: crear un movimiento político de orientación católica, que llene el vacío dejado por los grupos que le han precedido. Pero con planes ideológicos más válidos y sobre todo más adaptados a los tiempos para que tengan en cuenta la orientación de los electores católicos franceses, que en gran parte son hostiles a las aventuras y a los experimentos azarosos, y sólo favorables a una política de buen sentido.

FRANCESCO LEONI